

40.000 hombres que lograron pasar el Beresina. Éstos llegaron á Vilna el 7 de diciembre con 28 grados de frío. La ciudad estaba llena de provisiones; pero los franceses no tuvieron tiempo para aprovecharlas; en efecto, los rusos los atacaron al día siguiente, y se apoderaron de 20.000 hombres entre heridos y enfermos. Los cosacos cogieron las cajas del ejército, reducidas á unos 10 millones y se repartieron este botín.

Los restos que pudieron escapar de Vilna, pasaron el Niemen en Kowno (13 diciembre). También los alcanzaron los rusos sobre ese río helado, después de lo cual no les quedó más recurso que retirarse á Kœnigsberg, cuyos hospitales llenaron.

**Conspiración del general Malet** (22-23 octubre.) — Durante su retirada de Moscow, tuvo Napoleón noticia de la conspiración del general Malet. Este republicano exaltado, nombrado por Massena gobernador de París en 1805, había caído después en desgracia por efecto de la oposición que hacía al emperador. Preso en 1808, obtuvo que le fijasen como residencia un hospital privado. Allí fué donde organizó con Guidal y Lahorie una conspiración en la cual entraron varios legitimistas y un batallón de la gendarmería de París. En la noche del 22 al 23 de octubre se escapó del asilo, y se fué por los cuarteles diciendo que Napoleón había muerto en Moscow. Después se dirigió al gobierno militar, y presentó al general Hulín un falso senado-consulta que proclamaba el destronamiento de la familia soberana, y la creación de un gobierno provisional; viéndolo dudar, le pegó un pistoletazo.

Apoderóse del teroso y del Ayuntamiento; prendió á Savary, prefecto de policía, y ordenó al conde Frochot, prefecto del departamento del Sena, que preparase la mejor sala del Ayuntamiento para que se instalara en ella el nuevo gobierno. Al fin se descubrió la superchería y Malet fué preso. Procesáronlo y lo fusilaron el 30 con los oficiales que tomaron parte en la conspiración.

Napoleón se mostró muy irritado por la facilidad con que se creyó en tal impostura. « ¡ Cómo es esto! decía á los consejeros de Estado al día siguiente de su llegada; ¡ apenas circula la noticia de mi muerte, y ante las órdenes de un desconocido, hay oficiales que conducen sus regimientos á forzar las prisiones y apoderarse de las primeras autoridades! ¡ Un portero encierra á los ministros! ¡ Un prefecto de la capital, obedeciendo á cuatro soldados, se dispone á hacer arreglar su salón de ceremonias para recibir en él no sé qué asamblea de facciosos, mientras la emperatriz, el rey de Roma, mis ministros y todos los grandes poderes del Estado quedan en el olvido! ¿ De modo que aquí lo es todo un hombre, y nada las instituciones ó los juramentos? » Para destruir el mal efecto de esta conspiración, Napoleón quiso recibir oficialmente á todos los grandes cuerpos civiles y exigió de cada uno de ellos protestas de abnegación, y de fidelidad hacia su dinastía.

## CAPÍTULO XVI.

CAÍDA DEL IMPERIO. — CAMPAÑA DE ALEMANIA.

CAMPAÑA DE FRANCIA.

ABDICACIÓN DEL EMPERADOR (1813-1814).

La derrota de Moscow había herido de muerte al Imperio. El gran ejército quedó aniquilado, y sus restos tuvieron que batir en retirada desde el Niemen hasta el Elba. Entonces se formó la sexta coalición. Prusia y Suecia se unieron con Rusia, Inglaterra, Portugal y España; y como Napoleón se negara á hacer la paz después de sus primeros triunfos en Alemania, Austria se unió con las demás potencias. El emperador fué vencido en Leipzig, en la gran batalla que ha recibido el nombre de batalla de las naciones. Francia se vió invadida por el norte, el este y el sur, y tuvo que luchar contra un enemigo que presentaba en línea 700.000 hombres. El número venció á la táctica y después de una heroica defensa de dos meses, hubo que sucumbir. Napoleón abdicó en Fontainebleau, en el palacio que el Papa acababa de abandonar para volver á Roma.



§ I. — *Campaña de Alemania* (1813).

**Pío VII en Fontainebleau.** — Los desastres de su campaña de Rusia no hicieron al emperador más suave y conciliador para con el Papa. Éste había sido transportado de Savona á Fontainebleau, para que fuesen más fáciles sus entrevistas con Napoleón (junio 1812). Las negociaciones volvieron á entablarse después del regreso de Rusia. El Sumo Pontífice se comprometió á dar la institución canónica á los obispos en el plazo de seis meses, después del cual esta formalidad debería ser conferida por el metropolitano ó el más antiguo obispo sufragáneo. Además, renunciaba á la soberanía de Roma, y se comprometía á residir donde se lo ordenase el emperador (25 enero 1813).

Las intenciones del Papa eran que estos artículos no se hicieran públicos, pues sólo los había firmado como preliminares de un concordato que se proponía discutir en un consistorio secreto, según lo prescribe la Iglesia. Pero habiendo sabido Napoleón que Pío VII lamentaba amargamente las concesiones que le había hecho, y que se disponía á retractarlas, se apresuró á comunicarlas públicamente al senado (13 febrero) convirtiéndolas en leyes del Imperio. Esto es lo que se ha denominado concordato de Fontainebleau.

Cumpliendo los compromisos adquiridos, el emperador puso en libertad de su largo cautiverio al cardenal Pacca, preso en Fenestrelles, y á los cardenales Pietro, Gabrielli y Oppizzani, que se hallaban encerrados en Vincennes. Estos cardenales se presentaron en Fontainebleau, y Pío VII se encontró rodeado por los principales miembros del Sacro Colegio. Entonces fué cuando pudo apreciar la extensión del error que había cometido al firmar el concordato de Fontainebleau.

El gobierno francés se comprometió además á restaurarlo en Roma, devolviéndole parte de sus Estados; pero no parecía dispuesto á cumplir este convenio. Además, Napoleón prometió hacer las paces con los obis-

pos y curas perseguidos por causa de su fidelidad á la Santa Sede; y sin embargo, las cárceles de Fenestrelles, Pignerol, Compiano, Vincennes y otras varias, rebosaban como antes de eclesiásticos cuya oposición molestaba al jefe del Estado. El Papa reclamó; pero sus amonestaciones quedaron sin efecto. Entonces publicó un breve con arreglo al cual declaraba nulo el pacto que firmara antes, y anulaba todas las concesiones hechas por él en lo tocante á la institución de los obispos.

El emperador se obstinó, pretendiendo someter á su autoridad absoluta los asuntos eclesiásticos, según lo había hecho con los civiles; separó al Papa de los cardenales; hizo llevar á Pietro á Auxonne; creó por su propia autoridad los obispados de Montauban y de Bois-le-Duc; nombró titulares para las sedes cuyos pastores se hallaban detenidos en Vincennes, y sumió de esta manera á la Iglesia de Francia en la más deplorable confusión. Así estaban las cosas cuando se formó la sexta coalición contra el imperio.

**Levantamiento de las potencias.** — La cuestión religiosa, ya de por sí muy irritante, se complicó con la de las nacionalidades. Nadie perdonaba á Francia la preponderancia excesiva que la había hecho salir de sus límites naturales para imponer su ley allende el Rhin, de los Alpes y de los Pirineos, á pueblos que pretendían conservar su independencia. Preguntábase con qué derecho aspiraba Francia á convertir en vasallos suyos la Alemania, la Italia y la España, y el antiguo afecto de los pueblos se encendía de nuevo en favor de sus legítimos soberanos, por odio al que consideraban como un opresor.

Körner, que murió en el campo de batalla de Liepzig, inflamaba el corazón de los alemanes con sus poesías patrióticas y populares, mereciendo que se le apellidase *el Túrteo* de su nación. Un profesor de historia de la Universidad de Greifswald, Arndt, se convirtió en eco de las aspiraciones de Alemania y su libro, *Espíritu de*



la época, alcanzó en poco más de nada quince ediciones.

Mientras más se iba, con mayor energía se declaraba el espíritu de los pueblos en favor de sus soberanos. Por eso fué que después de la derrota de Wagram, Austria se mostró más orgullosa ante su vencedor, que al día siguiente de la de Austerlitz. La insurrección era permanente en el Tyrol; la resistencia heroica de España le daba esperanzas; y el rey de Wetsfalia podía apenas contener los alzamientos populares que estallaban en sus provincias.

Como la víspera del tratado de Viena quisiera uno de esos iluminados á quienes se había falseado el juicio con las palabras de libertad y patriotismo, herir á Napoleón de una puñalada en una revista, el emperador le ofreció indultarlo. El autor del atentado se negó á ello, diciendo que si lo dejaban en libertad volvería á empezar. — ¿Qué mal te he hecho?, le preguntó el soberano. — Á mí, ninguno; pero sois el opresor de mi patria y he querido vengarla.

Mientras la fortuna de las armas favoreció á Napoleón, le fué fácil contener el sentimiento que hervía en el fondo de las almas. Por esto al emprender la campaña de Rusia, logró arrastrar en pos suyo la Alemania entera; pero al volver, una vez destruído el gran ejército, sólo tuvo desengaños.

**Sexta coalición.** — Es imposible desconocer que Alemania había sufrido mucho por efecto de la política invasora é insaciable del emperador. Este país se hallaba ocupado por los franceses desde 1805, y á los gastos exigidos por dicha ocupación se agregaban constantes impuestos de guerra verdaderamente enormes. Los pueblos, los príncipes y los reyes, los poetas, los literatos y los escritores, pedían á una voz la independencia. Prusia, al ver llegar á Königsberg, Dantzic y Elbing los restos del gran ejército, empezó por salir de la alianza con Francia, pidiendo la vuelta á la neutralidad. Austria hizo otro tanto.

Murat, que llegó á Posen el 14 de enero de 1813,

pensó ante todo en sus personales intereses. Así fué que entregó el mando general del ejército al virrey de Italia, Eugenio de Beauharnais, para volverse á Nápoles. Eugenio, que no podía contar ya con Prusia ni con Austria, continuó la retirada, marchando de Posen á Berlín y de Berlín al Elba. El 5 de marzo se detuvo á orillas de este río, que marcaba en cierto modo los nuevos límites del imperio francés, y doce más tarde, el 17, declaraba Prusia oficialmente la guerra á Francia. La sexta coalición estaba formada.

Primeramente la compusieron Inglaterra, Rusia, Prusia y Suecia. Bernadotte, electo príncipe real de Suecia, y adoptado por Carlos XIII desde el 10 de Octubre de 1810, había dejado de ser francés, para convertirse en sueco. Al llegar á Estocolmo (1.º nov. 1810) abrazó el luteranismo, y desde el 24 de marzo de 1812, ante una promesa de engrandecimiento territorial para su futuro reino que le hiciera el Czar, se alió con éste contra Francia. Después del desastre de Moscú, el antiguo general francés unió sus fuerzas á las de sus aliados, y les ayudó con sus consejos durante la campaña de 1813.

**Batallas de Lutzen (2 mayo) y de Bautzen (20 mayo).** — Napoleón salió de París el 15 de abril; llegó á Sajonia, bajó por la orilla izquierda del Saale, y efectuó su unión con Eugenio de Beauharnais en Merseburgo. Entonces disponía de 200.000 hombres de infantería; pero le faltaba caballería, por haber perecido todos sus caballos en el desastre de Moscú. Los rusos y los prusianos no podían oponerle sino 112.000 hombres. El mariscal Ney atravesó el Saale el 29 de abril, y dió principio á la campaña con el combate de Weissenfels. Atacado este mariscal el 2 de mayo en la llanura de Lutzen por el grueso de los aliados, Napoleón acudió en socorro suyo. Los pruso-rusos perdieron 20.000 hombres, y este número hubiese sido más elevado, de tener los franceses caballería para perseguirlos.



Dueño Napoleón de la orilla derecha del Elba, siguió apretándolos hasta atraerlos á espaldas del Spree, en el campo atrincherado de Bautzen (20 mayo). Los aliados, en número de 100.000 hombres, ocupaban fuertes posiciones. Pero el emperador tenía 170.000 á sus órdenes con Ney, Oudinot y Macdonald por lugartenientes. Todas las posiciones fueron tomadas, y el czar y el rey de Prusia se vieron obligados á retirarse precipitadamente. Estas dos victorias hicieron á los franceses dueños de Silesia, y si Napoleón hubiera perseguido á los prusianos y rusos con su actividad ordinaria, habría podido dispersarlos fácilmente.

**Armisticio de Pleswitz. Austria entra en la coalición** (10 agosto). — Austria intervino entonces, y propuso un armisticio á los beligerantes. Éstos lo aceptaron el 5 de Junio, y se convino en que duraría 35 días. Napoleón quiso aprovechar dicho plazo para llamar á su lado los refuerzos que creía necesarios. Metternich, ministro del emperador de Austria, fué en persona al cuartel general del czar y del rey de Prusia para proponerles la celebración de un congreso, en que se discutiese la paz bajo la mediación de Austria. Los dos soberanos lo acogieron perfectamente, conviniendo en que el congreso se celebrase en Praga, sin establecer condición ninguna. Mas, no ocurrió lo mismo con Napoleón, que prorrumpió en violentas recriminaciones contra el emperador de Austria, é hizo aplazar la apertura del congreso del 5 al 8, y luego del 8 al 12. Al fin se vió claramente que no quería de tales conferencias y que sólo buscaba pretextos para ganar tiempo. Así fué que Metternich le hizo saber que si el 10 de agosto no había aceptado las proposiciones de Austria, Francisco I se uniría con Alejandro y Federico Guillermo, para formar parte de la coalición. Napoleón se obstinó, y tuvo un enemigo más, con otro ejército de 300.000 en contra suya. Sin embargo acababa de tener noticias de la derrota de los franceses en Vitoria (21 junio), y sabía que su hermano José había tenido

que volver á Francia; pero la fe en su estrella no lo había abandonado todavía.

**Batalla de Dresde** (26-27 agosto). — Napoleón se encontraba en Dresde, donde tenía establecido su cuartel general, al frente de 280.000 hombres. Los aliados le oponían 500.000 combatientes, formados por tres grandes ejércitos; el de Bohemia, á las órdenes de Schwarzenberg, el de Silesia, compuesto de rusos y prusianos, al mando de Blücher, y el del Norte, formado de rusos, prusianos, alemanes y suecos bajo la dirección de Bernadotte. Los aliados habían adoptado como táctica trabar la acción con los lugartenientes del emperador, pero de no atacar sus ejércitos allí donde él mandase en persona.

Napoleón se había adelantado en busca de Blücher, que había comenzado las hostilidades en Silesia; Schwarzenberg aprovechó la ausencia del emperador para tomar Dresde, capital de Sajonia. Ya eran dueños los austriacos de los extramuros, cuando acudió Napoleón en socorro de la ciudad al frente de la guardia, del grueso del ejército y de las reservas de caballería. El general austriaco renovó su ataque al día siguiente y fué rechazado de nuevo. Ney por la izquierda, Marmont y Saint-Cyr por el centro, Víctor y Murat por la derecha tomaron otra vez la ofensiva, y los austriacos, temiendo que los coparan, se retiraron á Bohemia, después de dejar 25.000 hombres sobre el campo de batalla. En este combate quedó mortalmente herido Moreau, por una bala que le rompió ambas rodillas. Este general había tenido la avilantez de volver de los Estados Unidos, á ruegos del czar Alejandro, y de poner su espada al servicio de los enemigos de su patria.

**Reveses de los ejércitos franceses.** — Esta victoria fué seguida casi inmediatamente por grandísimos reveses. El general Vandamme, que recibió orden de detener á los austriacos en su retirada, se vió envuelto en Kulm, pueblo de Bohemia, por los rusos y los pru-



sianos, y perdió en las jornadas del 29 y del 30 de agosto 15.000 hombres y 60 piezas de cañón, lo cual hizo inútil la victoria de Dresde. Macdonald debía combatir á Blücher y el ejército de Silesia. Sus divisiones se vieron copadas por la inundación, y á orillas del Katzbach perdió 18.000 hombres y 80 cañones sin poder prestarles socorro alguno (26 agosto). Oudinot no fué más afortunado en su tentativa contra Berlín, pues Bernadotte lo venció en Gross Beeren (23 agosto) y allí perdió 2.000 hombres sobre el campo de batalla, desbandándosele además 10.000 sajones y bávaros. Finalmente, Ney, que quiso tomar la ofensiva, fué derrotado en Dennewitz (6 de sept.), en el Brandeburgo por Bernadotte y el general prusiano Bulow.

Estos desastres parciales obligaron á Napoleón á modificar su plan de campaña. Habiendo sido derrotados en distintos puntos sus generales, no le era posible continuar en Dresde. Las defecciones que cada día se multiplicaban á su alrededor, los temores que abrigaba de verse abandonado por Baviera y los demás Estados alemanes, lo obligaban á acercarse al Rhin. Así fué que abandonó la capital de Sajonia, retirándose en dirección de Leipzig.

**Batalla de Leipzig** (16-18 agosto). — Concentrando en este punto todas las fuerzas de que podía disponer, Napoleón habría reunido un ejército de 300.000 hombres; pero dejó parte de sus tropas en las plazas fuertes y trabó con solos 150.000 hombres, á pesar de que los aliados tenían doble número de tropas, la batalla que debía decidir de la suerte de su Imperio.

La acción se trabó el 16. Los franceses formaban un semi-círculo alrededor de Leipzig, y delante de ellos estaban las líneas aliadas, dispuestas de la misma manera. Apenas rompió el día empezaron á disparar centenares de piezas de cañón por una y otra parte. Los habitantes de la ciudad se subieron á las ventanas y tejados más altos, para ser testigos de la batalla; pero

pronto se elevaron por los aires nubes de humo que ocultaron por completo á los combatientes. Sólo se oía el retumbar de los cañones, parecidos á los sordos rugidos del huracán. Los franceses resistieron durante todo el día, y al fin de éste Napoleón envió á los aliados proposiciones de paz que no fueron oídas.

El 17 se descansó, pues ambos ejércitos estaban muertos de fatiga y en la imposibilidad de continuar. El fuego empezó de nuevo el 18. Durante varias horas, los franceses resistieron con la misma firmeza que el 16; pero en lo más fuerte de la pelea se pasaron á los aliados 14.000 sajones y la caballería wurtemburguesa, y aunque Napoleón acudió en vano para colmar el vacío que esta defección causaba en sus líneas, no pudo lograrlo y tuvo que batir en retirada.

El ejército atravesó el Elster el 19. El paso se efectuaba en buen orden; pero como los pontoneros rompiesen los puentes antes de tiempo, quedaron sacrificados dos cuerpos de ejército, que cayeron en manos de sus adversarios, después de defenderse con valor. La mayor parte murieron ó fueron hechos prisioneros; sólo muy pocos lograron escapar, y entre ellos Macdonald.

**Batalla de Hanau** (29 octubre). — La batalla de Leipzig, que se ha denominado de *las naciones*, tuvo por resultado que Napoleón perdiese inmediatamente toda Alemania. Los bávaros, los wurtemburgueses, los badenses y de Darmstadt, esto es, todos los pueblos de la Alemania del Sur, se unieron al Austria, abandonando al emperador, á la manera que los sajones. Alemania entera se sublevó, y los 150.000 franceses que guarnecían Dantzig, Stettin, Dresde, Torgau, Magdeburgo y las demás plazas fuertes, quedaron sitiados y cercados en las fortalezas que ocupaban.

Los restos de la derrota de Leipzig se vieron detenidos en su retirada por el ejército bávaro, compuesto de 55.000 hombres, al mando del feld-mariscal de Wrede. Hallábanse estas fuerzas ocupando el bosque de Hanau